

1895-1913

**N**ACÍ EL 21 DE MAYO de 1895 en esta población, en la casa sin número de la calle San Francisco (hoy Francisco I. Madero No. 126).

Mis padres: Dámaso Cárdenas Pinedo y Felicitas del Río Amezcua. Él originario de esta población y mi madre de Guarachita, Michoacán. Abuelos paternos: Francisco Cárdenas Pacheco, nacido en Zapotlán el Grande, Estado de Jalisco y Rafaela Pinedo, de Jiquilpan.

Mi madre devota sincera. Mi padre indiferente a la iglesia.

A la edad de seis años ingresé a la escuela que atendía Mercedita Vargas. Concurríamos 12 alumnos con cuota de dos pesos mensuales que pagaban mis padres. Allí aprendí las primeras letras. Dos años después ingresé a la escuela oficial a cargo del maestro don Hilario de Jesús Fajardo, en la que llegué al cuarto año, que incluía materias que hoy se dan en sexto año. El profesor Fajardo atendía 300 alumnos, auxiliándose con alumnos del 3º y 4º años. Cariñoso y enérgico, cuando así lo merecíamos. Los sábados por la tarde nuestro maestro Fajardo nos llevaba a la “Alameda”, en donde jugábamos pelota o jineteábamos becerros. Al reunirnos al pie del centenario salate que existió en la propia “Alameda”, hacía citas de la gran admiración que guardaba por el señor Morelos y el señor Juárez. El domingo hacíamos con él excursiones a los ranchos cercanos como El Coyacho, situado al noroeste de la población; al rancho de Juan Herrera, al poniente; al cerro de San Francisco, antiguo Huanimba, “lugar de flores”, situado al sur; a

las comunidades de Totolán y Los Remedios, al oriente. En todas las excursiones, la plática amena de nuestro maestro nos hacía conocer la obra de la naturaleza; ponía especial empeño en hablarnos de los árboles, de su importancia y del cariño que debíamos guardarles. Es el árbol, nos decía, el mejor amigo de los niños, los cobija con su sombra, da salud y frutos y en general enriquece a los países.

A la misma escuela del profesor Fajardo ingresó mi hermano Dámaso. Mis hermanas Margarita, Angelina y Josefina cursaron su primaria en la escuela oficial que dirigía la profesora Josefa Ortiz Lemus, originaria de La Piedad, Mich. Mis hermanos Alberto y Francisco, gemelos, estudiaron sus primeros años en la escuela particular que dirigía don Francisco Arteaga y a José Raymundo, el menor de la familia, se le enseñaron en la casa las primeras letras. En 1915 que vine de Sonora a visitar a mi madre me llevé a Francisco y Alberto. Francisco ingresó a la Escuela Rosales de Hermosillo, Sonora, y Alberto nos acompañó a Dámaso y a mí, que operábamos en campaña en el Estado de Sonora. José Raymundo hizo sus estudios en Guadalajara y pasó un año en una escuela de los Ángeles, California.

El estado de guerra que guardaban Michoacán y el país hacían difícil la estancia de mis hermanos menores en nuestro pueblo natal y mi madre estuvo conforme en que salieran a estudiar a otros lugares.

En el periodo que estuve en la escuela, durante el temporal de lluvias, los sábados o domingos acompañaba a mi abuelo Francisco Cárdenas Pacheco a su “ecuario” de dos hectáreas de terreno inclinado, situado en las faldas del cerro de San Francisco, terreno que rentaba sembrándolo de maíz, frijol y calabaza; trabajaba la tierra empleando el azadón, el arado no se utilizaba por lo pedregoso del terreno. En la siembra y escarda yo tomaba parte con el azadón hasta donde lo permitían mis fuerzas. Le ayudaba también en sus trabajos de rebocería enrollando canillas con hilo en la

redina de mano. Mi abuelo sirvió a la causa republicana como soldado en el Regimiento Lanceros de Jalisco, bajo las órdenes de los generales Ornelas y Río seco. Asistió a la batalla de La Trá squila sostenida contra las fuerzas imperialistas del Ejército Francés (22 de noviembre de 1864).

Mi padre en sus primeros años trabajó en el tejido de rebozos, que fue una de las industrias que entonces tenía Jiquilpan; después, se dedicó al comercio en pequeño. Leía con frecuencia libros de medicina, con especialidad su *Farmacopea*, y guardo recuerdos de haber escuchado a varias personas que habían sanado con las recetas que les proporcionó mi padre. En 1906 rentó el mesón a don Evaristo Partida, situado en la calle Nacional, estableciendo allí un pequeño comercio de abarrotes. En 1908 cambió el comercio a la casa en donde vivíamos. Independizó de la habitación dos piezas y puso su comercio de abarrotes en una de ellas y al lado instaló una mesa de billar, denominando al conjunto “Reunión de Amigos”; a él, concurrían sus amistades. Por su carácter jovial tenía numerosos amigos, entre ellos don Esteban Arteaga, hombre culto y de amena plática. Me le acercaba con frecuencia cuando se encontraba sentado en su equipal colocado en la banqueta de su casa o en la plaza de Zaragoza. Me relataba pasajes de la historia de México y de botánica, que conocía bastante. Me prestaba diferentes libros que me interesaban. Conocí obras de Víctor Hugo, de Juan A. Mateos y poesías de Antonio Plaza, que eran preferidas de mi padre. No faltó la colección de Salgari que compré a un comerciante ambulante.

Escasos libros había a nuestro alcance.

Algunas veces me reunía en la plaza de Zaragoza con don Modesto Estrada, que se distinguía por su cariño a los árboles. Mi padre comentaba con sus amigos mi preferencia por reunirme con personas de mayor edad, a oír sus experiencias, en vez de dedicarme al recreo con mis amigos de mi edad.

Por el año de 1906 se avecindó en Jiquilpan, procedente de

Tingüindín, don Refugio Pardo. Atendía un comercio y sastrería. Mi padre le bautizó a uno de sus hijos. Con el mayor de sus hijos, llamado Alberto, tuve amistad. Él un tanto bromista, se la daba de valiente. Una mañana que salimos de la escuela encontramos a un grupo de alumnos en el atrio, jugaban aventándose agua de una de las pilas. Al pasar con Alberto uno del grupo le dirigió una ligera broma y Alberto le pegó fuerte, haciéndolo caer al suelo. Le llamé la atención a Alberto por no merecer su agresión el muchacho que le dirigió la broma. Se violentó Alberto y cogió una piedra y me la tiró. Yo tomé un ladrillo y con él le di un golpe en la cabeza, sangrándolo. De allí corrió a quejarse con don Refugio, quien avisó a mi padre en momentos en que yo llegaba a la casa. Me castigó con energía; intervino mi madre y me llevó ese mismo día a internarme en la “casa de los ejercicios”, ejercicios que anualmente verificaba el señor cura del lugar en la casa que le proporcionaban los vecinos. En esa ocasión se desarrollaban en la casa de Jesús Farías, que ve hacia la plaza principal. Estos ejercicios duraban varias semanas. Se dividían en dos grupos: uno de hombres y otro de mujeres.

Al día siguiente de haber ingresado a la “casa de los ejercicios” el señor cura, de nombre Luis G. García, me llamó al confesionario. Al acercarme a él me hizo una serie de preguntas con frases que yo tenía el concepto de que los sacerdotes no usaban y que llamaban “malas palabras”. Al escuchar lo que sólo había oído entre gente que peleaba o en estado de ebriedad, me retiré sin hacer caso de su llamado. Me dirigí violentamente a la puerta y salí encaminándome a mi casa, y participé a mi madre lo que había ocurrido y que no volvería a los ejercicios.

A fines de 1908 mi padre padeció de la vista y se trasladó a la ciudad de México, en donde fue operado de un ojo. La operación la costeó su primo Ramón Pinedo, que radicaba en la capital. Volvió a Jiquilpan y nos trajo como regalo un pequeño fonógrafo de bocina. La tarde de ese mismo día se tocaron los discos, escu-

chando el primero, *El Cuarto Poder*. Fue una fiesta toda la tarde y parte de la noche con la reunión de amistades y familiares que tomaron parte en el festejo, por el regreso de mi padre. Mi padre volvió a atender su comercio, que clausuró a principios de 1910. A mediados de 1910 enfermó de pulmonía y murió el 7 de octubre de 1911, a la edad de 58 años. El doctor Gustavo Maciel, amigo de mi padre, que lo atendía de su enfermedad dijo alguna vez a mi madre: “la enfermedad de Dámaso se complica con la pena moral, por faltarle lo necesario para sus hijos”.

Teníamos una vaca de color bermejo y blanco que yo llevaba por las mañanas, después de ordeñarse, al potrero de La Cruz, y por la tarde la recogía alojándola en el pequeño corral pesebre de la propia casa. Desde pequeño tuve preferencia por las guayabas con leche.

En noviembre de 1910 estalló la revolución maderista que tuvo entusiasta repercusión en varios pueblos de Michoacán. En Jiquilpan se distinguieron el doctor Gustavo Maciel, Francisco Tinajero, Trinidad Mayés y campesinos de las comunidades de Totolán y Los Remedios, que reclamaban la restitución de sus tierras, que les tenía absorbidas la Hacienda de Guaracha. Se verificaron manifestaciones revolucionarias en el pueblo y fueron aprehendidos el doctor Maciel y Tinajero y llevados a Morelia. En Zamora, Mich., se levantaron en armas Irineo y Melesio Contreras y con 50 hombres entraron a Jiquilpan sin encontrar resistencia. Triunfante la revolución maderista fue designado Prefecto a Jiquilpan Enrique Farías, originario de este propio lugar.

Los escasos recursos de que se disponía al morir mi padre se agotaron con su enfermedad y el gasto de la casa, quedando mi madre como único sostén de la familia: ella, ocho hijos, tía Ángela y la Nana Pachita, que abrazó a los ocho hermanos durante nuestra niñez.

Nuestra tía Ángela, hermana menor de mi padre, tuvo poca instrucción pero buena inteligencia. A los 20 años sufrió una caí-

da de caballo y perdió la voz. Se hacía entender a señas. En nuestra primera edad a Dámaso y a mí nos cortaba el pelo y lo hacía bien. En 1915 volvió a hablar. A la muerte de mi madre tomó la dirección de la casa. Todos los hermanos la queremos y la respetamos.

Una vez que me vio leyendo la biografía del señor Juárez, al reconocer en la carátula su retrato, exclamó: “Ese indito es de los nuestros”. Me impresionaron sus frases y siempre que veo la figura del Benemérito viene a mi memoria lo que ella expresó.

Dos años antes de la muerte de mi padre entré de meritorio a la Oficina de Rentas, que administraba don Jesús García Tinajero. Lo sustituyó don Donaciano Carreón, que fue trasladado de la oficina de Ario de Rosales. Con él llegaron como escribientes de la Administración J. Refugio Argueta, poeta y Martín Nava, que casó con Cecilia, hija del señor Carreón.

El señor Carreón y su esposa doña Florentina Froylán, muy afectos a las fiestas sociales, organizaban números teatrales, bailes familiares y de exhibición. Tomé parte en *Los Lanceros*, baile de “pasos y caravanas”. Usé un traje negro del señor Carreón que me adaptaron a la medida, largo el saco como levitón. Así vestimos varios muchachos, que con el traje causábamos más hilaridad a los concurrentes, que el mismo baile de *Los Lanceros*.

Después de las horas de oficina asistía como aprendiz de la imprenta “La Económica”, propiedad del señor Carreón; la dirigía don Enrique Ibarra y Allende, que tomó empeño en que aprendiera el oficio. Trabajaba con él, hasta en la noche; me asignó diez pesos mensuales y agregaba dos pesos que me entregaba los sábados por la tarde.

En la misma época fue también meritorio de la Administración de Rentas Manuel Medina Chávez, mi compañero de escuela durante los primeros años. Como meritorios de la Oficina de Rentas nos colocaron en la mesa del Oficial Segundo; por algún tiempo hicimos copias a mano, para ejercitar la escritura. Yo escribía

letra izquierdilla. Aprendimos las anotaciones en los “prontuarios” de la propiedad urbana y rústica y se nos entregó uno a Manuel y otro a mí, para llevarlos al día. Desempeñaba el puesto de Oficial Primero don Secundino Sosa, originario de Tingüindín, Mich., hombre bueno; me distinguía aconsejándome y al salir los sábados de la oficina me obsequiaba veinticinco o cincuenta centavos.

El Oficial Segundo tenía a su cargo expedir los recibos de cobro de las contribuciones al comercio. El puesto de cobrador lo desempeñaba don Jesús Salcedo, amigo de mi padre. Sus hijos Luis, Ignacio y Jesús, fueron mis compañeros de escuela hasta que salí para ingresar de meritorio.

EPISODIO QUE NOS OCURRIÓ A MANUEL Y A MÍ:

Meritorio de la Administración de Rentas a cargo del señor Donaciano Carreón.

ABRIL DE 1910

Llegué a la oficina a las ocho horas y me dirigí a la mesa que tenía señalada con el Oficial Segundo.

Al verme mi compañero de mesa Manuel Medina, se levantó de su asiento diciéndome “que nos llaman a ti y a mí al despacho del señor Administrador”; vamos le contesté y pasamos al despacho contiguo.

Nos recibió el señor Carreón, serio y con voz de enojo nos ordenó: vayan luego los dos ante el señor secretario de la Prefectura para una investigación. Salimos y pregunté a Manuel ¿Pe-leaste? “No, con nadie.” Manuel era bromista y un tanto agresivo, alegre y cantador.

Pasamos al despacho que se nos indicó y en vez de encontrar al señor secretario, Miguel Vázquez Careaga, nos recibió un gen-



darme que nos dijo: “por aquí” y caminamos hacia la Alcaldía y al pasar al interior, un cuarto casi oscuro, nos sentenció: “se quedan en este cuarto, hasta muy pronto” y se retiró, quedando en la puerta otro gendarme.

Me preguntó Manuel: “¿Sabes por qué?” “No —le dije—, nadie me comunicó motivo alguno; estuve un cuarto de hora en el portal esperando dieran las ocho y entré encontrándote a ti solo en la mesa del despacho.” “Sí, el escribiente llega siempre tarde, toma y se desvela, parece que lo quieren quitar.”

Eran las once de la mañana. Había una banca de madera sobre la que Manuel se sentó. “Oiga —le dijo al gendarme—, si tiene una guitarra, préstemela.” Yo estuve caminando en el corto espacio del cuarto y cada vez que se acercaba el relevo del gendarme, creía que iría a decirnos algo, y así llegó la noche. Nos llevaron cena, que no tomamos. El gendarme nos mostró unos petates y dos cobijas. No dormimos; Manuel cantó dos o tres canciones de su hermano Francisco.

A la mañana siguiente nos llevaron atole y penca de mezcal y unos cuantos piloncillos; pero ninguna noticia de las autoridades ni de nuestros padres.

A las 10 de la mañana nos llevaron ante el secretario don Miguel Vázquez, que encontramos sentado frente a su escritorio. “¿Cómo les va, muchachos?”, nos saludó y se levantó de su silla.

“¿Ustedes cobraron unos recibos de impuestos a don Candelario Marín, a don Jesús Gudiño y a doña Josefa Valencia?” Nos miramos con Manuel, que contestó: “Sí, cobré dos hace días, no recuerdo la fecha”. “Yo, tres”, agregué. “¿Y a cuánto ascendió el cobro, cuánto recibieron?” “Doce pesos yo, y éste —dirigiéndose a mí Manuel—, creo que catorce.” “Así es”, afirmé. “¿Quién los mandó y qué hicieron con el importe de los recibos?” “El Oficial Segundo... de nuestra mesa, nos indicó que encontrándose enfermo el cobrador de impuestos, don Jesús Salcedo, fuésemos los dos a hacer el cobro.” Y repitió el señor secretario Vázquez:

“¿Y a quién entregaron lo que recibieron?” “Vaya —dijo Manuel riendo—, pues a quién, al oficial de nuestra mesa que hace los recibos.” “Más serio, Manuelito —replicó el señor Vázquez—, el caso es delicado para ustedes.” El señor secretario volvió a tomar asiento en su despacho y escribió durante más de una hora, interrumpiendo su trabajo al hacernos nuevas preguntas. Rompió dos plumas al meterlas al tintero, escribía nervioso. “¿Le ayudo, don Miguel?”, preguntó Manuel; “no es asunto de ustedes”, y siguió escribiendo hasta llenar varias hojas en un libro casi desencuadernado. Al terminar nos señaló la puerta diciendo: “Vuelvan a la antesala en que están y pronto volveremos a vernos”. Y salimos acompañados del gendarme a la Alcaldía y que don Miguel llamó antesala; y sí, antesala de la cárcel. Allí pasamos dos noches, hasta la mañana del tercer día que nos llevaron de nuevo al despacho del secretario Vázquez, que encontramos con dos empleados dependientes del Juzgado de Letras. “Preséntense con el señor Administrador de Renta”, nos dijo con voz más comedida que la vez anterior, y nos despidió dándonos la mano. Manuel quiso despedirse con la mano izquierda que el señor Vázquez no tomó y miró con disgusto a Manuel. Salimos de su despacho y nos dirigimos a la oficina del señor Carreón, ya sin la compañía del gendarme. En el trayecto habló Manuel: “A que no voy, me largo de aquí al cerro”. “No —le contesté—, vamos con el señor Carreón.” Llegamos a su presencia; lo acompañaba el señor Secundino Sosa, Oficial Primero de la Administración. El señor Carreón, con voz un tanto paternal exclamó: “Hemos cometido un error con ustedes dos y qué pena, y más con sus padres —y continuó—: ya declaró el Oficial Segundo que él hizo los recibos y mandó a ustedes a cobrarlos y recibió su importe; se han encontrado otros recibos expedidos por él mismo en distintos ‘blocks’ y se le ha consignado. Ustedes vayan a sus casas y si se les necesita se les citará al Juzgado. Ya hablé con sus padres y los esperan. En ocho días más regresen a sus puestos de meritorios; tú, Lázaro,

con el Oficial Primero, señor Sosa y Manuel a su misma mesa con el nuevo oficial Martín Nava”. Al oír esto, Manuel aventó el sombrero sobre el escritorio, casi en la cara del señor Carreón y salió corriendo y gritando: “No me volverán a ver por aquí”.

Me despedí del señor Carreón y del señor Sosa. “Te espero cuando vuelvas, irás a mi mesa”, me dijo el señor Sosa, que siempre me manifestó simpatía; los sábados me obsequiaba un peso. Me dirigí a mi casa, abrí la puerta y entré. Mi madre había ido a la iglesia, aún no regresaba. Crucé el pasillo y vi salir de la sala a mi padre y cuando esperaba me hiciera alguna pregunta, se abrazó a mi cuello y permaneció así largo rato; no logré oír lo que expresaba quedamente, haciendo pausas por la emoción. Me deprimía el estado de mis padres por lo que por mí sentían. Llegó mi madre, lloró; me llevó a la recámara, me dio ropa limpia y de allí a la mesa de la cocina. Mis hermanas Margarita y Angelina se nos reunieron haciéndome preguntas que les contesté bromeando, tratando de alejar la tristeza del momento. Mi padre volvió a la sala; hacía días se sentía delicado de salud. Me encontré con él al día siguiente por la mañana que lo busqué para saludarlo. “No quiero que vuelvas a la Oficina de Rentas: ya hablé con Gerardo, padre de Manuel, que buscará trabajo en otra parte.” Mi tía Ángela, hermana de mi padre que vivía con nosotros, me abrazó diciéndome: “el señor Múgica, amigo de la casa, nos ayudará para que trabajes o estudies en un colegio en Zamora o en Morelia; él ha sido de nuestros mejores amigos; ayudó a mi curación cuando perdí la voz”. Pasó tiempo muda, perdió el habla de resulta de una caída. Se refería al señor Francisco Múgica Pérez, padre del hoy general Francisco José Múgica, que luchó en las filas de la Revolución en el norte del país al lado del señor Venustiano Carranza.

Jiquilpan de Juárez, Mich.  
12 de julio de 1920

**A**L MORIR mi padre me llamó el señor secretario de la Prefectura, don Miguel Vázquez, manifestándome habían acordado que pasara como escribiente a su despacho de la Secretaría con el sueldo de quince pesos mensuales, correspondientes al Alcalde. El puesto de Alcalde lo desempeñaba el Sub-Alcalde, con igual sueldo. Fue la consideración de don Miguel Vázquez, don Bartolo Govea y don Modesto Estrada, amigos de mi padre, la que influyó para que percibiera dicho sueldo como ayuda a mi madre viuda, que sólo contaba con lo que le producían los vestidos que confeccionaba.

Mi madre primero utilizó en su trabajo una máquina de mano y años después una máquina de pedal que le regaló don Rafael Montes, de Zamora, Mich., casado con Esther del Río, prima de mi madre.

A los ocho meses de estar en la imprenta el señor Ibarra y Allende perdió una mano que le fue prensada al estar imprimiendo un trabajo, trabajo que terminé al día siguiente, quedando yo encargado del taller. Para entonces ya conocía el manejo de toda la imprenta, inclusive encuadernación y empastado de libros. Meses después clausuró la imprenta el señor Carreón para ponerla en venta y cubrir algunos créditos que gravitaban sobre el propio taller. Fue entonces cuando ingresé como escribiente a la Secretaría de la Prefectura.

Solicitamos al señor Carreón nos traspasara la imprenta para pagársela a plazos y accedió. Formamos una cooperativa Salvador

Romero, Martín Nava, J. Refugio Argueta, Jesús Castañeda, Agustín Carreón y yo. Dejé el puesto de escribiente y me encargué del taller, teniendo como aprendiz a Bruno Galeazzi, compañero de escuela, hijo de don Bernardo Galeazzi, de origen italiano radicado en Jiquilpan hacía años. Don Bernardo era muy entusiasta en escribir y organizar comedias, que representaban muchachos del lugar. Recuerdo la obra *Cazador de leones* en que tomé parte, figurando como primer actor Efraín Buenrostro, amigo de la infancia y compañero de escuela.

En la imprenta trabajaba día y parte de la noche. Después de las seis de la tarde me acompañaban amigos. En tanto yo imprimía trabajos en la prensa, ellos entonaban canciones, pulsando la guitarra Ignacio Lozoya y Luis Martínez, unas veces, y otras Luis Cázares y José Mancilla.

Lo que percibía en la imprenta se lo llevaba a mi madre que ya empezaba a tener el auxilio de mi hermano Dámaso, que trabajaba en la farmacia del doctor don José María Silva, en Zamora, Mich. Mi madre seguía atendiendo, en ratos, la costura; el trabajo y sus penas morales la fueron agotando, ocasionándole dolencias que resistió, ocultándonos sus padecimientos. Diariamente, después de la comida, al regresarme por la tarde a la imprenta, me decía: “vente temprano hijo, dicen que hay alarma en los pueblos cercanos, que ya viene la revolución; me tienes siempre con pendiente”, y no se acostaba hasta verme llegar.

La honorable señora doña María Betancourt de Villaseñor, pariente de mi madre, nos guardaba cariño y auxiliaba con algunos recursos a mi madre. Fue madrina de bautizo de mi hermana Josefina, pero a todos nos acostumbraron a llamarle “madrina”. En una de las ocasiones, domingo, que acompañé a mi madre a visitarla, la encontramos en el escritorio leyendo un libro manuscrito. “¿Cómo estás, María?”, preguntó mi madre. “Como ves, aquí rompiéndome la cabeza y acabando la vista con esta letra que no entiendo”; y dirigiéndose a mí: “ven ahijado, sé que escribes

letra clara y si puedes venir los sábados por las tardes me copias uno o dos capítulos, o los que puedas, de este libro”. Me alegró la propuesta. Me perdía, sí, del juego en la “Alameda” y en otros sitios a donde concurría con amigos a distraernos en distintos juegos, pero así correspondía a los favores que hacía a mi madre.

Estuve puntual los sábados durante más de cuatro meses. El libro del que copiaba, contenía oraciones de la religión católica. Terminaba dos o tres capítulos y al despedirme ponía en mis manos cincuenta centavos, “toma, llévaselos a Felicitas”, decía. A los tres meses me regaló un traje de dril azul negro que estrené, orgulloso, en domingo. Años después, su esposo, don Manuel Villaseñor, me dio a conocer que “mi madrina” me encargó copiarle oraciones más que por necesitarlas, por ver si con ello me inculcaba apego a la iglesia, que por mi madre sabía me resistía a acompañarla a las misas y rosarios.

La imprenta estuvo instalada en la casa propiedad de José Bravo Bentacourt, situada en la calle de San Francisco, misma calle de nuestro domicilio.

#### EPISODIO DE LA IMPRENTA

Con los amigos que concurrían a la imprenta, cuando ya salían de su trabajo, comentábamos sobre las “cuerdas” que pasaban hacia el Puerto de Manzanillo, conducidas por las acordadas de la Hacienda de Guaracha, que era famosa por su gente escogida entre los buenos jinetes, que montaban caballos de alzada y portaban armas de las mejores. Guaracha fue hasta el siglo pasado un mayor latifundio que el que mantiene hoy. Allá por 1863 hubo un levantamiento de los arrendatarios de las tierras altas de los Municipios de Jiquilpan, Mich., y Mazamitla, Jal.; arrendatarios que plantearon la colonización y que obligó al Gobierno a exigir a Guaracha les vendiera tierras.

Las cuerdas venían desde Morelia, en donde se concentraban

los destinados a la confinación de las Islas Mariás y eran traídos desde la capital del Estado por soldados que los entregaban a la acordada de Guaracha, la que se encargaba de trasladarlos al Puerto de Manzanillo. Esto sucedía desde antes de la Revolución de 1910. Se suspendieron las “cuerdas” durante el gobierno del señor Madero, pero continuaron al usurpar el general Huerta el poder. Teníamos noticias de la rebelión del norte: en Coahuila, Chihuahua, Sonora; del sur: Morelos, Puebla y otros lugares. Nos eran conocidos los nombres de don Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, José María Maytorena, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Lucio Blanco, Eulalio Gutiérrez, Abraham González, Maclovio Herrera, Pablo González y otros.

El día 30 de mayo de 1913 el general revolucionario José Rentería Luviano, al frente de 600 hombres de caballería, tomó la plaza de Zamora, Mich., distante de Jiquilpan 12 leguas. No encontró resistencia.

Al día siguiente, 1º de junio, a las 12 horas, llegó a la Hacienda de Guaracha con su columna. La acordada de la hacienda huyó.

Por la tarde de ese mismo día entró a Jiquilpan un grupo de revolucionarios al mando del capitán Pedro Lemus, de las fuerzas del general Rentería Luviano. Lemus se presentó en la imprenta pidiéndome se le imprimiera un manifiesto. Lo tomé y lo leí, llevaba el título de “Mexicanos”, firmado por el general José Rentería Luviano, los coroneles Cecilio García, Ponciano Pulido, De la Hoya y el teniente coronel ingeniero Alviéz. El capitán Lemus me manifestó lo querían con urgencia y esperaban recibirlo en Guaracha al día siguiente. Le ofrecí hacerlo.

Trabajo me costó encontrar papel para los cinco mil ejemplares que ordenaron. Adquirí el que había en las tiendas de Candelario Marín, Carlota Loza y Jesús Gudiño, y para completar tuve que ir a la población de Sahuayo, distante dos leguas, en un caballo “huinduri” de don Rafael Quiroz, que alquilé por cincuenta centavos. Toda la noche nos ocupamos de la impresión, terminan-

do el tiraje en la mañana del día siguiente, 2 de junio. Inmediatamente mi ayudante Bruno Galeazzi y Enrique Canela (este último amigo del grupo), salieron a pie con los manifiestos hacia Guaracha, distante 12 kilómetros. Los entregaron en el momento en que escucharon los primeros disparos de las fuerzas huertistas que atacaban a Rentería Luviano, quien fortificando los puntos más sobresalientes de la finca y en los cercos de piedra del caserío, se defendió valientemente.

Los federales al mando del coronel Abraham Aguirre, con el 48° Batallón de Infantería y un Escuadrón del Cuerpo de Rurales comandado por el mayor Francisco Cárdenas, con suficientes pertrechos y colocados en las alturas dominando las posiciones de las fuerzas de Rentería Luviano, fueron desalojándolas a medida que a los revolucionarios se les agotaba el parque. Gran resistencia opusieron al enemigo, registrando numerosas pérdidas, viéndose obligado Rentería Luviano a retirarse con sus fuerzas hacia el sur. En esta acción murió, entre otros muchos, el valiente teniente coronel ingeniero Alvérez.

En esos días perdía la vida en Reyano, Chih., su hermano el general federal Alvérez, derrotado por las fuerzas revolucionarias del general Francisco Villa. Los dos hermanos, originarios de Morelia.

La noche del mismo día, 2 de junio, que regresaron de Guaracha Bruno Galeazzi y Enrique Canela, nos reunimos en la imprenta con Luis Cázares, Manuel Medina Chávez, Luis Martínez, Ignacio Lozoya y Francisco Álvarez, escuchando la relación que nos hicieron Galeazzi y Canela del combate entre los federales y los contingentes de Rentería Luviano. La plática se prolongó hasta ya noche. Nos despedimos y me fui a mi casa; al llegar, mi madre, como de costumbre, me esperaba en la sala. Toqué la ventana y al abrir la puerta, me dijo: “He estado con mucho pendiente. ¿Sabes lo de Guaracha?” “Sí, hoy tarde nos dieron la noticia.” “¿Vendrán aquí los federales?”, preguntó. “Creo que no; acuéstate sin



pendiente, entretanto yo hago unas cartas que enviaré mañana a unos amigos.”

El gobierno de Huerta volvió a ocupar las plazas que habían abandonado las autoridades huertistas. En varias poblaciones de los distritos de Zamora y Jiquilpan aprehendieron a diversas personas que fueron acusadas de haber ayudado a Rentería. Avisaron a mi madre me buscaban por la impresión de un manifiesto; catearon el taller de la imprenta; volcaron las cajas que contenían las letras, se llevaron impresos, papelería y quemaron todo el archivo.

Meses antes ya nuestras juntas en la imprenta y en la “Alameda” se sucedían con frecuencia, hablando de la revolución. Los más entusiastas por incorporarse a las fuerzas revolucionarias fueron Manuel Medina Chávez, Luis Cázares y Luis Martínez, Antonio Cervantes, Ignacio Lozoya, Enrique Canela, Francisco Álvarez y los hermanos Guerra, de la comunidad indígena de Los Remedios. Los días 15 y 16 de junio hablé con el grupo de amigos, planteándoles la necesidad de salir de la población en busca de los revolucionarios, para incorporarnos a ellos. Varios prometieron prepararse y avisarme.

El día 16 hablé a mi madre, diciéndole había decidido trasladarme a Apatzingán y llegar hasta la Hacienda de La Concha, a pedir trabajo a mi tío José María del Río, hermano de mi madre. Al escucharme, dijo: “no vas con José María, sé que te vas a la revolución”. Lo expresó sin deprimirse y viendo su estado de ánimo, le aclaré que nos habíamos comprometido con varios del lugar para incorporarnos a la revolución. Me hizo miles de reflexiones: que me cuidara, que le avisara a mi hermano Dámaso que se encontraba en Zamora y lo llevara conmigo. “¿Y cuándo quieres irte?”, “Luego, madre, en estos días.” “Sí, hijo, aquí estás en peligro; ayer noche me mandó recado don Jesús Zepeda que hay orden de detenerte.” Y el 18 de junio a las seis de la mañana, me despedía de ella; me abrazó emocionada. Con Antonio Cervantes salimos a pie siguiendo el camino de Totolán, con dirección a Los

Reyes. Ese día 18 dormimos en Huáscato, cercano a Tingüindín, y al día siguiente llegamos a Los Reyes, alojándonos en el Mesón “México”. Los Reyes, población importante; campos cubiertos de caña y arroz, varios ingenios azucareros y trapiches de piloncillo.

Por la noche de ese mismo día fui a visitar a Francisco Hernández, uno de mis más amigos y compañero de escuela, que atendía una farmacia. Me recibió alegremente y a mí me causó verdadero gusto encontrarlo. Nos invitó a comer en su casa y platicamos toda la tarde de aventuras de nuestra infancia. Recordamos un hecho que no hemos olvidado: una tarde que no asistimos a la escuela por ir a jinetear becerros por el rumbo de La Guayabera, nuestro profesor Fajardo envió al celador (uno de los alumnos de mayor edad) a preguntar a mi padre por qué había faltado a la escuela. A las 5 de la tarde al regresar del campo hacia nuestras casas, me dijo Francisco: “¿Me invitas a las guayabillas?” “Sí —le contesté—, pero tú subes al árbol.” En el patio de la casa había un esbelto guayabillo; subió a él Francisco y cuando se encontraba en las primeras ramas del árbol llegó mi padre con una vara de membrillo, dándome con ella en la espalda; escapé hacia el interior de la huerta, y al ver a Francisco encaramado en el árbol le aplicó con la vara, diciéndole: “tú tienes la culpa de que Lázaro falte a la Escuela”; Francisco protestó, gritando: “estése don Dámaso, yo no ero su hijo”. Desde entonces, siempre que nos encontramos, invariablemente, citamos lo que él dijo a mi padre al recibir los varazos.

Permanecemos con Antonio Cervantes un día más en Los Reyes y el día 21 a las seis de la mañana nos despedimos de Francisco, con un abrazo. Me prestó diez pesos, que aún no le he devuelto.

Continuamos nuestro viaje caminando a pie rumbo a Apatzingán, llegando a las 18 horas a Peribán, pueblo de gente laboriosa, dedicada a la agricultura y al pequeño comercio. Nos detuvimos en la casa de don Agapito Mejía, que vivía a la salida de Tancítaro. Él y su esposa nos recibieron con amabilidad, y nos

detuvieron a almorzar. Durante la conversación con don Agapito conocí simpatizaba con la revolución, y lo comprobé cuando posteriormente me prestó servicios en varias ocasiones. Salimos de Peribán pernoctando en el pintoresco pueblo de Apo, situado en las estribaciones del Tancítaro, cerro el más elevado de Michoacán, que alcanza una altura de 3 800 metros sobre el nivel del mar. Hermoso cerro boscoso cubierto de coníferas, que en algunos inviernos llega su cima a cubrirse de nieve.

Salimos de Apo el día 22 a las cuatro de la mañana y a las 9 horas entramos al pueblo de Tancítaro, ubicado a mayor altura que Apo. Tancítaro, pueblo de importancia en la zona, atractivo por el estilo regional de sus casas, con huertas de duraznos, peras y tejocotes. Nos dirigimos a la casa de don Magdaleno Farías, originario de Jiquilpan, que nos alojó y atendió con afecto. Mi padre le había prestado algunos servicios. El día anterior había llegado de Apatzingán y nos dio informes de que en varios pueblos del valle de Tierra Caliente se encontraban partidas revolucionarias. No conocía los nombres de los jefes; que hacía dos meses se había registrado un combate en Apatzingán incendiándose algunas casas; que había noticias de que llegarían fuerzas federales de Morelia y de Uruapan.

A las 14 horas del día 22 continuamos nuestro camino y pasamos la noche en la comunidad de Condémbaro. Hasta allí nos acompañó don Magdaleno, que llevó de Tancítaro un caballo que nos ofreció; preferimos con Antonio seguir a pie. De Condémbaro hicimos una jornada el día 23 al bonito pueblo de Acahuato, forestado de frutales: mamey, aguacate, lima, café y plátano de diferentes variedades. Este pueblo está situado al sureste en las faldas del cerro de Tancítaro; su altura es de 1 000 metros sobre el nivel del mar. Acahuato es un balcón desde donde se domina el extenso valle de Apatzingán. Pasamos allí una noche y el 24 hicimos la última jornada, pasando por la parte norte de Apatzingán, llegando a la hacienda de La Concha, en donde encontré a mi tío

José María, hermano de mi madre, con su esposa, mi tía Pilar Núñez, y mis primos José María, Enrique, Isabel, Julia, Chita y Elodia, que me recibieron con cariño, haciéndome mil preguntas. Ya tenían noticias de mi salida de Jiquilpan; mi madre les avisó por conducto de Jesús Mandujano, que salió a caballo un día después de mi partida de Jiquilpan.

Antonio Cervantes, que me acompañó desde Jiquilpan, se regresó después de tres días; manifestó lo afectaba el calor.

Permanecí en La Concha el resto del mes de junio; y durante los primeros días salía a caballo con mis primos José María y Enrique, recorriendo las áreas de cultivo y los potreros en donde se tenía el criadero de ganado. Esta finca pertenecía entonces al señor cura de Uruapan, Manuel Sandoval, y la administraba hacía varios años mi tío José María, conocedor de cultivos tropicales.

En la última semana de mi estancia en La Concha, el contador de la propia hacienda, don Sabino Navarro, me invitó a su despacho para que le escribiera documentos relacionados con el negocio. Lo atendí. Para esas fechas, ya tenía informes de los nombres de los jefes revolucionarios que operaban en la región de Tierra Caliente. El general Martín Castrejón, designado gobernador de Michoacán por el señor Carranza, se encontraba con sus fuerzas por la región de La Huacana; el general Guillermo García Aragón, con una columna de 700 hombres, recorría los pueblos situados en las márgenes del río Tepalcatepec; por Parácuaro, el coronel Cenobio Moreno, con 200 hombres; el general José Rentería Luviano, por la zona de Huetamo y pueblos de Guerrero limítrofes con Michoacán, con los contingentes que comandaban los coroneles Cecilio García, Ponciano Pulido, ingeniero Salvador Alcaraz y otros; y el general Gertrudis Sánchez, con el regimiento "Carabineros de Coahuila", al que pertenecían los coroneles Barranco, De la Hoya y Joaquín Amaro, operaba por Uruapan, Ario y Tacámbaro.

Las fuerzas del general García Aragón formaban la Segunda División del Sur. Su columna volante se componía de 800 hombres divididos en tres regimientos al mando del coronel Mastache y del teniente coronel Trinidad Regalado. Este último se incorporó con 200 hombres a la columna del general García Aragón procedente de Atacheo, municipio de Zamora. El resto de su regimiento operaba por los distritos de Zamora y Uruapan en contacto con las comunidades que reclamaban la restitución de sus tierras. La Segunda División la formaban la columna volante y otros contingentes que operaban en la costa y sierra de Guerrero. Todos ellos, de origen zapatista.

El 3 de julio hablé con mi tío, comunicándole salía a Buenavista Tomatlán a incorporarme al general Guillermo García Aragón, que había llegado a dicho lugar el día anterior; se sorprendió, me habló de mi madre y de mil consideraciones de lo que implicaba la lucha armada, y al final, me dio consejos. Me despedí sólo de él, evitando verme con la familia. “Llévate el caballo retinto y que te acompañe Juan”, dijo mi tío. Juan era el caballerango de la finca. “Prefiero vayamos a pie, así podemos caminar mejor y no encontrarnos con las partidas armadas.” A mi primo José María lo invité la noche anterior a incorporarnos los dos con el general García Aragón, y no aceptó. Salimos a las ocho de la mañana dirigiéndonos a Buenavista por el camino de San Juan de los Plátanos, en donde nos detuvimos dos horas; continuamos y pasamos por Santa Ana a las doce de la tarde, lugar donde fueron capturados por el imperialista general Méndez, el general Arteaga y sus acompañantes, fusilados en Uruapan. A las 4 de la tarde llegué a Buenavista; me encaminé a la casa en que se alojaba el general García Aragón con su Estado Mayor, y solicité verlo. Me preguntaron si llevaba armas, contesté que no y me pasaron a un cuarto en donde lo encontré escribiendo. Levantó la vista y me invitó a sentarme. “¿Qué lo trae por aquí amigo, de dónde viene?” “Soy de Jiquilpan, salí el mes pasado, estuve unos días en La Concha en donde está

de administrador un hermano de mi madre.” “¿Qué viene usted a hacer a esta zona?” “A incorporarme a la revolución”, y le hice una explicación de los acontecimientos de Guaracha y de Jiquilpan. Me hizo algunas preguntas más, entre ellas si conocía al licenciado Ignacio Bravo Betancourt: “Parece que es su paisano.” “Sí, señor; es de Jiquilpan, hace años que radica en México.” “¿Lo conoce usted?” “No, señor.” “Yo sí —expresó el general—, lo traté en su despacho en México, le pedí encargarse de un juicio testamentario de mi familia y cumplió.” “¿Sabe usted escribir?”; “un poco”, le dije. “Copie esta orden”, y se levantó saliendo hacia el patio de la casa en donde lo esperaban varios jefes. Regresó a la media hora; leyó el escrito y preguntó: “¿En realidad, quiere incorporarse a mis fuerzas?” “Sí, señor.” “Va usted a quedar incorporado a mi Estado Mayor con el grado de Capitán Segundo y se encargará de mi correspondencia, entretanto regresa el coronel Viguri.” El coronel ingeniero José Viguri pertenecía a su Estado Mayor y desempeñaba el puesto de secretario. En esos días había marchado a la ciudad de México a visitar a un familiar enfermo.

El Estado Mayor lo formaban el coronel Luis Santoyo, originario de Santa Ana Amatlán, Mich., coronel ingeniero José Viguri, nacido en la ciudad de México; mayores Ignacio Valdovinos y Manuel Guido, del Estado de México; mayor médico Manuel Navarro, a quien nombraban “Navarrón” por su alta estatura, de Paso de la Arena, Gro.; mayor Julio Figueroa, pagador de la columna, originario de Tilzapotla, Gro.; capitanes primeros Melesio Uribe y Plutarco Castañón, de Guerrero; capitán segundo José Riverón, originario del Estado de México, desempeñaba el puesto de ayudante; y teniente Carlos Tapia, del Estado de Puebla. Comandantes de fuerzas de la columna: general Alejo Mastache, de Chilpancingo, Gro.; general Cipriano Jaimés y mayor Concho Jaimés, de Pungarabato, Gro.; el teniente coronel Agustín Albarrán y mayor José Castrejón, del Estado de Guerrero; teniente coronel José Trinidad Regalado, de Atacheo, municipio de Zamora,

Mich.; y capitanes Ernesto Prado y Jesús Meza, de la Cañada de Chilchota, Mich.

El general Jaimes me proporcionó un caballo alazán con montura y una carabina 30-30. Me preguntó si sabía ensillar, si ya había montado, si había manejado armas. A todo contesté afirmativamente. Esa tarde ya me encargué de mi caballo; le di agua y lo llevé al corral en donde se les había puesto pastura a los caballos del personal del Estado Mayor.

Dos días permanecimos en Buenavista y el 7 de julio por la mañana salimos rumbo al poblado del Pirú, vadeando en este punto el río Tepalcatepec; de allí seguimos a pernoctar en el rancho de El Rodeo. Por la mañana del día 8, el general García Aragón dictó dispositivos para marchar sobre Aguililla, que estaba guarnecida por fuerzas federales de infantería al mando del mayor Ignacio A. Bravo. Dividió la columna, saliendo el general Mastache con 300 hombres por el camino hacia el sur; el general Jaimes rumbo a Chila con 200 hombres. El general García Aragón, el Estado Mayor y el resto de la columna salimos por la ruta del rancho de El Aguaje hacia Aguililla, quedando a cargo del mayor Manuel Guido los servicios de vanguardia, flancos y retaguardia. Al llegar al rancho de El limón, inmediato al rancho de El Aguaje, la vanguardia se tiroteó con un grupo enemigo procedente de Aguililla, que se retiró a escape hacia la citada plaza. A las 5 de la tarde llegamos a las lomas situadas a 4 kilómetros de Aguililla, escuchamos descargas por el flanco izquierdo; eran las fuerzas del general Mastache que atacaban los puestos avanzados del enemigo. A los pocos minutos, por el flanco derecho, la fuerza del general Cipriano Jaimes atacó las posiciones de los federales que en su mayor parte se defendían en la torre y en las alturas cercanas a la orilla del pueblo. El mayor Guido, con su vanguardia y fuerzas que habían marchado por los flancos, atacó de frente; en dos horas se desalojó al enemigo que huyó por distintas partes, saliendo el mayor Bravo con el mayor número por la cañada hacia la serranía rumbo a

Coalcomán, perseguido por el teniente coronel Albarrán.

Al acercarnos a Aguililla durante el ataque y encontrándonos el Estado Mayor al lado del general García Aragón, fue herido levemente el médico mayor Navarro por una bala que le penetró un poco en el carrillo derecho; se la sacó él mismo y se la mostró al general, quien le dijo: “Regálesela a este joven (dirigiéndose a mí), para que tenga su primer recuerdo de esta acción.” “Mi general —contestó Navarro—, si me lo permite la voy a conservar como ‘amuleto’ de buena suerte”, y se la guardó en el bolsillo. Entramos a la plaza de Aguililla y después de que el Estado Mayor dispuso se cubrieran los puntos convenientes, ordenó el general alojarnos en las casas que proporcionaron los vecinos. Ya noche se presentó el teniente coronel Agustín Albarrán con tres prisioneros, un oficial y dos de tropa. Tanto éstos como cinco prisioneros tomados durante el ataque a la plaza, se incorporaron a nuestra columna. El oficial era sobrino del mayor Ignacio Valdovinos y esto motivó que no se le desconfiara.

El general García Aragón, hombre culto, de mentalidad ágil, con disposiciones para el mando, comedido en el trato, exigente en la disciplina. Originario del Estado de México, penetró a Michoacán procedente de Morelos, de donde tuvo que salir por disgustos con el general Emiliano Zapata, de quien era compadre. Llegó a Michoacán, autorizado por el señor Carranza para operar en el sur y centro del Estado. El general Mastache, hombre valiente y tratable en su juicio; agresivo cuando tomaba. El general Cipriano Jaimes, hombre organizador y valiente, no bebía; cuando se disgustaba, era violento. El teniente coronel Albarrán, buen jinete y audaz en el combate; bebía con frecuencia. El coronel Luis Santoyo, hombre culto y de buen carácter, con frecuencia intervenía ante las actitudes agresivas del general Mastache y del teniente coronel Albarrán. El coronel ingeniero José Viguri, hombre de estudio, sereno en sus actos, sociable y alegre. El mayor Ignacio Valdovinos, de carácter reposado y enemigo de sacrificar



prisioneros. Manuel Guido, Melesio Uribe y Plutarco Castañón, escasos de cultura pero distinguidos por su valor y disciplina. Los contingentes de los generales Mastache y Jaimes, muy fogueados ya en la lucha; algunos operaron al iniciarse la revolución en 1910 en el Estado de Guerrero, a las órdenes del general Ambrosio Figueroa. Al teniente coronel José Trinidad Regalado, campesino de Atacheo, Municipio de Zamora, Mich., se le reconocía como definido agrarista, jefe que se distinguía por la buena conducta de sus fuerzas, valiente y correcto en su conducta; desde 1909 luchaba por las tierras a favor de los campesinos. El capitán Ernesto Prado, de Tanaquillo, Cañada de Chilchota, Mich., pertenecía al grupo que venía reclamando la restitución de tierras pertenecientes a las comunidades indígenas de la propia Cañada de Chilchota. El mayor José Castrejón sirvió en Oficinas de Rentas en Michoacán hasta 1912; su conducta, correcta. En las discusiones sobre la campaña, se tomaban en cuenta sus opiniones.

El armamento de la columna de 700 hombres, 400 con carabinas 30-30 y mauser en buen estado, escasos de parque. Caballos regulares. En lo general la tropa, buenos jinetes; en poco tiempo amansaban caballos broncos que se tomaban de los ranchos y haciendas.

El general García Aragón se distinguió en Michoacán y Guerrero por el orden y disciplina de sus fuerzas. Y fue en esta columna en donde más palpable se hizo el sentido agrarista de la lucha armada. Esto, sin duda, se debió al origen zapatista del general García Aragón y a los contingentes de Trinidad Regalado y Ernesto Prado, que luchaban por la tierra.

En Aguililla se tuvieron informes del enemigo que se encontraba en Coalcomán y Morelia para emprender una campaña intensa en la Tierra Caliente. Se herró parte de la caballada y cinco días después marchamos al pueblo de Tepalcatepec a donde llegamos por la tarde, no encontrando enemigo. Allí se incorporó el valiente jefe de Defensas Rurales Serapio Sifuentes.

El resto del mes de julio, agosto y primeros días de septiembre expedicionamos por la región de Churumuco, Cayaco, El Jorullo, Apatzingán, Buenavista, Acahuato y Tancítaro, y el día 8 de septiembre salimos por El Tejamanil cruzando en las orillas de Paracho hasta Aranza, Mich. Allí el general García Aragón celebró una entrevista con Casimiro López Leco, de Cherán, que comandaba una fuerza de 150 hombres, la mayor parte indígenas que se habían levantado en armas para desalojar a la compañía extranjera que explotaba los bosques de la Meseta Tarasca por concesión obtenida por 50 años, concedida por el Gobierno del Estado. El general García Aragón lo invitó para que se incorporara a la columna y éste le pidió lo dejara en la zona desempeñando su misión de defender los bosques contra los exploradores y que se encargaría de reunir provisiones, armas y parque y a la vez serviría de enlace con fuerzas de otras zonas. El general estuvo conforme con esta proposición y el día 11 por la madrugada emprendimos la marcha de Aranza pasando por Tanaco, llegando a Purépero en la noche. Allí esperaban al general García Aragón un grupo de amigos que le proporcionaron informes de que en Zamora se encontraba fuerte guarnición federal, la mayor parte de infantería. Pasamos el día 12 en Purépero recibiendo algunas municiones que llegaron de los pueblos circunvecinos. De Tangancícuaro y Zamora se esperaban armas y municiones que ofrecieron harían llegar por conducto del sacerdote de la propia población de Purépero. Dichas armas se esperaron todo el día 13 y habiéndose recibido informes de que las fuerzas armadas de Zamora marchaban con rumbo a la Cañada de Chilchota y posiblemente a Purépero, se establecieron servicios en los caminos y alturas. A las 6 de la tarde el general ordenó se ensillara y se concentrara a la plaza todo el contingente, con excepción del servicio que había por el camino hacia Carapan (Cañada de Chilchota); a esa hora llovía. A las 9 de la noche por varios puntos fuimos atacados por la columna de infantería, 600 hombres bien armados del batallón de juchitecos

al mando del general Rodrigo Paliza; en tanto 200 hombres de caballería habían salido de Zacapu rumbo a Panindícuaro para acercarse a Purépero por Acuitzeramo. Se sostuvo el ataque durante más de una hora en medio de la lluvia y la oscuridad, teniendo que salir de la plaza combatiendo, quedando en poder del enemigo más de 50 caballos cuyos jinetes salieron a pie. Perdió nuestra columna 10 hombres muertos, cinco prisioneros y 14 heridos. El general Jaimes que estaba posesionado con infantes en los pilares de la plaza y con un pequeño cañón, causó bajas al enemigo y fue él quien protegió la salida; al mismo tiempo que también distraía al enemigo la fuerza que desde la mañana se había desplazado a vigilar el camino de Carapan. El general Jaimes se retiró después de dos horas, cuando el enemigo empezaba ya a cercar el cuadro de la plaza. En la madrugada del día 14 nos encontrábamos reunidos en la cordillera del cerro del Tigre con un faltante de 80 hombres. Entre ellos el teniente coronel Concho Jaimes, hermano del general Jaimes, quien pidió autorización al general García Aragón para regresar con un grupo de sus fuerzas en busca del teniente coronel Jaimes, que informó un soldado de sus propias fuerzas había caído con la bestia mular que montaba en una zanja y creía que allí había muerto. Jaimes salió hacia el punto indicado y efectivamente encontró a su hermano aprisionado por la bestia que había caído sobre él, en una de las grietas del terreno. Logró sacarlo tras las descargas que hacían los federales desde las alturas cercanas. Lo llevó al cerro del Tigre y allí fue curado de las heridas que le produjo la caída. De ese lugar emprendimos la marcha rumbo al cerro de Patamban; bajamos a Zirosto y como supimos que una columna enemiga había llegado a Paracho seguimos hacia occidente, llegando a Peribán el día 17. Allí permanecemos hasta el día 20 y el 21 entramos a Tancítaro, permaneciendo en ese lugar hasta el día 22 y el 23 continuamos a Acahuato, en donde dispuso el general se descansara algunos días.

Al día siguiente el general reunió a los jefes y les hizo conocer

la situación de la tropas revolucionarias, manifestando se veía obligado a internarse al Estado de Guerrero por el rumbo de la Hacienda de Balsas, para continuar por Coahuayutla y La Unión, situada en la costa del Pacífico, en donde esperaba encontrar pertrechos y grupos armados que le habían anunciado se incorporarían a su columna. Que dejaba en libertad a los jefes que quisieran quedarse en Michoacán; sólo les pedía se mantuvieran en contacto con él. El teniente coronel Regalado, el mayor José Castrejón, el capitán Prado y el capitán Meza con sus respectivas fuerzas, manifestaron sus deseos de seguir operando en el Estado con el fin de prestar garantías a sus partidarios en sus correspondientes zonas. La noche de ese mismo día regresaron hacia Apo y Peribán.

Al día siguiente por la mañana, estando ya ensillando, apareció una columna enemiga en las propias faldas del Tancítaro, que llegaba por el rumbo de Condémbaro y nos atacó intempestivamente, ocasionando una dispersión de los contingentes del general Mastache y Agustín Albarrán, que estaban acampados en el camino hacia Condémbaro. El general Jaimes con parte de sus fuerzas de caballería y la mayoría infantes que habían perdido sus caballos en el combate de Purépero, había salido en la madrugada con rumbo a Cancita para esperar al general en el paso de La Cofradía, sobre el río Tepalcatepec.

Al escucharse los primeros disparos el general García Aragón y el Estado Mayor actuaron rápidamente, enviando grupos a las partes altas de las cercanías, poniéndose al frente de ellos a elementos del Estado Mayor. Yo fui agregado al capitán Primitivo Mendoza, originario de Aguililla, que comandaba un grupo de 60 hombres pertenecientes a las fuerzas del coronel Cenobio Moreno, con cuyo grupo de 60 hombres se nos había incorporado el día anterior. En este grupo iba el valiente capitán segundo Plutarco Castañón, que había recibido en su cuerpo más de 10 heridas en distintas acciones. Se combatió toda la mañana, rechazando al enemigo que pretendió tomar nuestras posiciones. Retirado el

enemigo, recibimos órdenes de reunirnos en Buenavista. Salimos por las faldas del cerro de Apatzingán con el capitán Mendoza y el capitán Castañón con un grupo de 40 hombres de caballería. Nos detuvimos una hora en el punto conocido por la “Plaza de los Caballos”, pernoctando en las cercanías de San Juan de los Plátanos. Al día siguiente llegamos a Buenavista; estuvimos una hora, recogiendo informes que nos proporcionó Marcelino Ruiz, originario de Jiquilpan, a quien conocí la vez anterior cuando llegué a dicho lugar a incorporarme con el general García Aragón.

Nos informaron que el general García Aragón había seguido por el camino de Cancita, combatiendo en el trayecto con las defensas de El Tesorero y de Chila. Continuamos nuestro camino dando rodeos por distintas veredas o a campo traviesa, rehuyendo a las partidas de defensas de las haciendas y grupos federales que ya eran numerosos en la Tierra Caliente. Al tercer día llegamos al paso de La Cofradía, informándonos que el general García Aragón había pasado la madrugada del día anterior y que a esa hora se encontraría ya por Coahuayutla, y que al cruzar el Balsas, abajo de la confluencia con el Tepalcatepec, en el punto conocido por El Organal, combatió con grupos de defensas y federales que cuidaban varios vados del río. El general García Aragón se internó al Estado de Guerrero, conforme nos lo comunicó en Acahuato.

De La Cofradía continuamos a Las Cruces y Cupuán, y allí resolvimos con Primitivo Mendoza seguir a Aguililla por la ruta del Aguaje. En El Aguaje encontramos grupos con los que nos tiroteamos, reuniéndonos con Primitivo y un contingente de 30 hombres en el rancho de Palo Alto. Al capitán Castañón ya no lo vimos; terco en el combate se quedó tiroteándose, ignorando si había muerto o vivía.

30 DE SEPTIEMBRE DE 1913

Sabiendo que el general Martín Castrejón, Gobernador de Michoacán, se encontraba por la hacienda de Úspero y el coronel Cenobio Moreno en Parácuaro, plaza que ocupó después de que las fuerzas federales regresaron de Acahuato rumbo a Uruapan, resolvimos marchar en busca del coronel Cenobio Moreno, a quien encontramos en la haciendita La Colorada, propiedad de don Francisco Farías. Nos le presentamos informándole que el general García Aragón nos incorporó a sus fuerzas. Comandaba 300 hombres bien montados y con regular armamento; hombre valiente, de buen trato y querido en la región por las garantías que impartía a los pueblos. Allí encontré a mi amigo José Tafolla Caballero, con el grado de Capitán Primero, oficial activo a quien se utilizaba con frecuencia en exploraciones y en llevar la vanguardia o para casos delicados. El señor José María Tafolla, padre del capitán Tafolla, se incorporó en Apatzingán al Estado Mayor del general García Aragón con el grado de Teniente Coronel, hombre de reconocida convicción revolucionaria que prestó importantes servicios a la causa.

2 DE OCTUBRE DE 1913

A los pocos días de habernos reunido al coronel Moreno salimos a Úspero, en donde se encontraba el general Martín Castrejón. Fuimos presentados a él. Hombre caballeroso y con preparación intelectual.

Con los contingentes del coronel Moreno y los 300 hombres que tenía en Úspero organizó su columna y al día siguiente partimos hacia Zicuirán, cruzando el río Marqués o del Cupatitzio en el vado de La Pastoría. Ya tarde acampamos en la hacienda de Zicuirán, de gran extensión, propiedad de la Beneficencia “Bocanegra”, que administraba desde Morelia el señor Videgaray.

En Zicuirán estuvimos tres días incursionando varios compañeros por Guadalupe Capirio, Cupuán y Las Cruces. En Cupuán regaló el encargado del rancho al teniente coronel Benigno Serrato un caballo moro y a mí uno de color ruano, el mejor que hasta entonces había montado. A las 11 horas del cuarto día de estancia en Zicuirán fuimos atacados por la Columna Prado y Tapia, en la que iba incorporado el ex Prefecto de Apatzingán, Octavio de la Peña.

El combate se generalizó. Defendía el casco de la finca el teniente coronel Rafael Sánchez con 50 hombres. El teniente coronel Benigno Serrato se fortificó en la cercas de los corrales de piedra en los que se encerraba el ganado. En la faldas del cerro, el mayor Eleno Carrillo y el capitán Primo Reyes. El general Castrejón, desde la parte superior de la loma inmediata a la finca dirigía la acción contra las columnas de infantería que llegaron por tres direcciones: la principal entró del rumbo de La Huacana por el cauce del río, otra por el camino de la hacienda de Tamo y la tercera, en menor número, bajó de los cerros por la margen derecha del río Zicuirán. Se combatió hasta las 3 de la tarde en que se rechazó al enemigo. Se levantó el campo, curándose los heridos y dando sepultura a los muertos de nuestras fuerzas y de las del enemigo. Entre las bajas de nuestras fuerzas se registró la del capitán Primo Reyes, nativo de Uruapan, que fue rodeado por seis soldados cayendo mortalmente herido después de haber dado muerte a tres de sus atacantes.

Ya tarde se concentró la columna en las cercanías del casco de la hacienda de Zicuirán y se emprendió la marcha hacia La Huacana, que pasamos de noche, llegando en la madrugada del día siguiente a la finca de San Pedro Jorullo, propiedad del general Martín Castrejón. Acampamos en distintas partes inmediatas a San Pedro Jorullo. En el camino de Zicuirán a La Huacana el mayor Eleno Carrillo capturó una partida federal de doce hombres y un oficial, que dijo ser capitán.

La tropa se incorporó a las fuerzas del coronel Cenobio Moreno y el oficial fue puesto en libertad por el general Castrejón.

#### COMBATE BARRANCA ARUCHA

En San Pedro Jorullo permanecemos dos días. Se organizó una columna de 900 hombres al mando del propio general Martín Castrejón y salimos hacia la plaza de Carrizal de Arteaga, que guarnecía el prefecto coronel Gordiano Guzmán. Según parte que recibió el general Castrejón, el coronel Guzmán se encontraba en camino a la costa a recoger en la Bahía de Mexcalhuacán armamento que le enviaban de Acapulco. Salimos la madrugada del día 4 por el camino de La Pastoría, en donde cruzamos el río Marqués, continuando por Cupuán, Las Cruces y San Antonio Tumbiscatío, pernoctando en este último lugar el día 6 de octubre. Allí informaron al general Castrejón que se tenían informes de que el coronel Guzmán se encontraba en Arteaga y no en la costa, y con estos datos el general resolvió continuar su marcha sobre Arteaga. A las 9 de la mañana cruzamos la Cuesta de Arucha y nos internamos por la barranca, siguiendo el camino por el cauce de la propia barranca.

La extrema vanguardia la llevaba el capitán Antonio Medina; en seguida otro grupo al mando del capitán Tafolla Caballero; en el flanco derecho, terreno muy accidentado, el capitán Ignacio Medina y en el flanco izquierdo el capitán Ramírez. Hacia una hora que caminábamos por el cauce de la barranca cuando en uno de los cerros que forman el cañón se escuchó un ruido como desprendimiento de rocas. Nos paramos y vimos que no eran rocas sino un venado que saltó al lecho de la barranca y tras numerosos disparos que se le hicieron, logró huir. En esos momentos, sonaron descargas en la vanguardia y se generalizó el combate con gente que estaba apostada en los cerros a ambos flancos de la barranca.



El general Castrejón y el coronel Moreno dictaron dispositivos para contraatacar al enemigo y la mayor parte tuvimos que hacerla a pie, llevando de la brida los caballos, por lo accidentado del terreno. Así se combatió hasta las 3 de la tarde en que se tomó la Cuesta de Arucha, en donde se reunió la mayor parte del contingente de la columna, en tanto se escuchaban tiros aislados en la barranca.

El plan del coronel Guzmán, que tuvo conocimiento oportuno del avance de nuestra columna sobre Arteaga, fue tendernos la emboscada a lo largo de la barranca y cuando hubiera penetrado la mayor parte de la columna romper el fuego, plan que no logró debido a la presencia de un venado que fue el que salvó a la columna de registrar grandes pérdidas. Las fuerzas del coronel Guzmán se retiraron y se les persiguió hasta las juntas de los ríos a 8 kilómetros de la población y regresamos a Tumbiscatío. En esta acción murieron el capitán Antonio Medina y ocho soldados y hubo seis heridos. Se hicieron dos prisioneros heridos de las fuerzas de Guzmán, que fueron atendidos.

En Tumbiscatío permanecemos dos días y el día 12 volvimos a San Pedro Jorullo en donde estuvimos un día, marchando después a Churumuco de donde era originario el mayor Eleno Carrillo, muy estimado en la región. En este lugar el general Castrejón reunió a los jefes y oficiales y nos hizo conocer la situación que guardaba la región, desde Uruapan, Tepalcatepec, Apatzingán y toda la Tierra Caliente, en su mayor parte ocupada por fuerzas federales auxiliadas por las defensas de las haciendas, manifestándonos la conveniencia de dividir la columna en grupos que operaran por distinta zonas. El coronel Cenobio Moreno volvería con sus tropas a la zona de Parácuaro, el mayor Eleno Carrillo cuidaría la zona de Churumuco, el capitán Primitivo Mendoza con 40 hombres se internaría por Aguililla a la sierra de Coalcomán y el general Castrejón permanecería por los alrededores de San Pedro Jorullo en comunicación con cada uno de los jefes para reunirse

cuando fuera oportuno. Yo pedí internarme a la zona de Jalisco cruzando la sierra de Tancítaro, por considerar tendría posibilidades de reunir gente de las cercanías de Los Corrales y Mazamitla, puntos inmediatos a Jiquilpan, y con mi asistente J. Guadalupe Tejeda, de Peribán, nos dirigimos a caballo y caminando entre el monte y fuera de los caminos, rumbo a la hacienda de La Concha.

Después de tres días llegamos a la hacienda de Los Hoyos y de allí mandé a Guadalupe para que informara si se encontraba mi tío José María del Río. Volvió por la noche comunicando que había hablado con él y que me esperaba, recomendando procurara llegar de noche en vista de que todos los días visitaba la finca Octavio de la Peña, coronel auxiliar de las fuerzas de la columna de Prado y Tapia. Al oscurecer del día siguiente llegamos al pequeño cerro que está inmediato a La Concha. desensillamos los caballos (yo llevaba un caballo almendrillo y Tejeda un tordillo), y amarrados los dejamos en sitios donde había pasto y a pie llegamos a las 8 de la noche a la finca. Nos recibieron mis primos, participándonos acababa de salir para Apatzingán Octavio de la Peña acompañado de mi tío y mi primo mayor, José María. Mi tío regresó a las 11 de la noche y al manifestarle que quería salir al día siguiente rumbo a Tancítaro, me aconsejó esperar en virtud de que había fuerzas federales por esos rumbos. Me señaló una pieza con dos camas, alojándonos allí con mi asistente Guadalupe. Permanecimos tres días; todas las noches, cuando ya no escuchábamos ruido, salíamos de la pieza y nos retirábamos trescientos o cuatrocientos metros a dormir en el bosque, pensando que podrían llegar fuerzas de las que estaban en Apatzingán y encontrarnos en la finca.

Insinuaciones en La Concha para presentarme a Octavio de la Peña, que rehusé.

Salí de La Concha a Tancítaro con mi asistente J. Guadalupe Tejeda, llevando como guía a Juan el grande, empleado de La Concha.

Llegada a Peribán a la casa de Agapito Mejía, que me acompañó hasta Huáscato, pernoctando en la casa de Jesús Pulido.

De Huáscato en compañía del propio Jesús Pulido llegué hasta Jiquilpan.

Paso por Totolán encontrando en el camino a la profesora Carlota Medina y a su hermano menor, Carlos.

#### COMBATE EN TANGANCÍCUARO

En el mes de abril de 1913, antes de incorporarme a la columna del general García Aragón, había tenido lugar un combate en Tangancícuaro, Michoacán.

El coronel Eugenio Zúñiga, que fue secretario del general maderista Ambrosio Figueroa, levantado en armas en 1910 en el Estado de Guerrero, penetró a Michoacán con la columna del general García Aragón, comandando 250 hombres de caballería con regular armamento. Bajaba con su fuerza de la sierra de Patamban a incorporarse en Chilchota a la columna del general García Aragón, cuando se encontró en las cercanías de Tangancícuaro con una fuerza de infantería y un grupo de soldados montados, trabándose el combate.

Las fuerzas federales se fortificaron en unas zanjas, haciendo varias bajas a las fuerzas del coronel Zúñiga. El general García Aragón, que tuvo aviso de que combatía el coronel Zúñiga en Tangancícuaro, lo auxilió oportunamente y decidió la acción, retirándose la fuerza federal rumbo a Zamora, dejando siete muertos y 12 prisioneros. Por parte del coronel Zúñiga, 15 muertos y 17 heridos.

La columna del general García Aragón se dirigió hacia Patamban y al notar la ausencia del coronel Zúñiga, uno de los prisioneros que declaró ser oficial, de apellido Zárate, informó haber oído al teniente coronel que mandaba las dos compañías de infantería federal, que había muerto el coronel Zúñiga. El general

García Aragón que lo conocía desde Guerrero y Morelos y tenía predilección por él, mucho lo sintió y esa misma noche ya de regreso en Patamban en donde pernoctamos, refirió varios episodios del valor, revolucionarismo y capacidad intelectual del coronel Eugenio Zúñiga.

El coronel Eugenio Zúñiga apareció después en Guadalajara.

Elementos de la comunidad indígena de Charapan lo encontraron.

*Creyéndolo muerto, se acercaron a él y viendo que aún estaba con vida lo llevaron a la casa del presidente de la comunidad, en donde lo curaron de las heridas con medicinas que tenían a su alcance, y un mes después lo encaminaron hasta dejarlo en Yurécuaro, en donde tomó el tren hacia Guadalajara.*

Bartolo Govea  
Modesto Estrada  
Vicente Otero  
Luis Contreras  
Francisco Pérez  
Trinidad Mayés  
Doctor Amadeo Betancourt  
Juan, Ausencio y  
Rosendo Herrera  
Doctor Gustavo Maciel  
Francisco Tinajero  
José María Buenrostro  
Francisco Santillán  
Miguel Cárdenas  
Antonio Cázares  
Sabino López  
Merced Mendoza  
Francisco Villaseñor  
Rosendo y Martín Ceja

Ignacio y Benjamín Gálvez  
Francisco Álvarez  
Juan López  
Severiano Álvarez  
y otros